

para humillarme ante vuestra virtud, bien como si el amor pudiese tener piedad de las blancas tónicas.

—Obrareis como hombre hidalgo, señor de Parisis; contra la debilidad no existe la fuerza. Las violencias donjuanescas me dan compasion; no se toma á una mujer sino cuando se dá. Os amo, pero me guardo. Adios.

La señora de Entraygues huyó, aunque guardando la llave.

El jóven se quedó paseando por encima de la nieve.

—No estoy contento de mí mismo, dijo; hé aquí una batalla perdida.

Entró en el invernadero y saludó filosóficamente sus camelias.

—Vanidad de vanidades! prosiguió. A qué viene este insaciable deseo de conquistar mujeres, como los ambiciosos conquistan ciudades?

Bien es verdad que yo no amo en la señora de Entraygues mas que su belleza y que no quiero embarcarme en una pasion violenta. Ah; si hubiera sido la dama de Palos!

Su imaginacion se habia fijado por completo en esta mujer que solo habia entrevisto.

—Pero la dama de Palos, se dijo, no vendrá hasta la puertecita del jardín. La lis que sostiene con tanto orgullo su mano, quedaria mústia al atravesar el invernadero de las Camelias.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1910. 1625 MONTERREY, MEXICO

XVIII.

VIOLETA.

No por esto Parisis dejó de continuar en su vida de aventuras. No era hombre para perder tiempo en la realizacion de sus sueños; cada dia era para él como una hoja blanca que era indispensable llenar con una página de historia mas ó menos romántica. Hay hombres que solo viven por la cabeza, otros por el estómago, estos por el espíritu, aquellos por el corazon. Octavio vivia por el espíritu del corazon.

Ni la fortuna, ni la ambicion, ni la fama, tenian para él prestigio alguno: solo se distraia con las aventuras amorosas. Decia que lo que existe de mas desconocido es la mujer y se indignaba del filósofo que habia dicho: «Todas las mujeres son iguales» Para él toda mujer, cualquiera que esta fuese, era un mundo nuevo digno de ser descubierto. Y cuando habia representado el papel de Cristóbal Colon, representaba el de Americo Vespucio.

Octavio cruzaba por la calle de San Jacinto con su amigo Rameé. Volvian de ver á uno de sus compañeros que habia permanecido fiel al país latino hasta

después de su doctorado. El casi embajador y el pintor neo-griego iban cogidos del brazo fumando su cigarro y Octavio se reía de la simplicidad del estudiante que estudia.

—No es tan simple, dijo Reameé, día llegará en que nos anuncie fácilmente que ha tomado el camino mas corto. El estudio tiene mucho bueno cuando se es jóven; sin contar que Jorge ha tenido sus horas de distraccion Vamos á cruzar el Luxemburgo que está esmaltado con jóvenes hermosas que no cuesta muy caro el vestir las.

—No hablemos por antífrasis, dijo Octavio. Las niñas en cuestion han pasado ya el agua: en el país latino no hay mas que las sombras de Rosina, de Móni-Pinson y de Musette.

—No sabes lo que te dices. Aquí es donde ellas brotan: no van á deshojarse en la orilla derecha sino después de haber florido en la orilla izquierda. Mira: aquí viene una.

Una jóven que solo contaba diez y nueve años, de una belleza púdica, de una palidez de mármol, acababa de salir de la estrecha y sombría puerta de una vieja casa de la calle de San Jacinto.

Un traje de color oscuro que apenas se hallaba atado de su cintura, un ligero pañuelo atado sobre el corsé, el cual solo dejaba entrever algunas líneas indecisas, un pequeño gorro que encerraba una cabellera negra y brillante, zapatos como chinelas: he aquí en que traje se apareció la niña ante los dos amigos.

A Octavio le llamó la atención la expresión de candor sonriente que embellecía aun á esta jóven. Se veía, desde luego, que solo había amado á su madre, que ningun recuerdo de amor culpable había inquietado su alma; quizá había soñado en las pasiones de este mundo, pero como el viagero que se pasea en la orilla y que vé desde léjos como el buque es víctima de la borrasca.

Al principio no vió ni á Parisis ni á Rameé: Entregada á su dolor, pues tenía lágrimas en sus ojos, la niña andaba lentamente como si no supiese donde iba.

Octavio, al verla con los ojos bajos, la dijo con cierto aturdimiento:

—Habeis perdido algo, señorita?

La niña levantó dulcemente sus hermosos ojos anegados en lágrimas y respondió con sencillez:

—He perdido mi madre, caballero.

A esta sola frase el duque de Parisis, que al principio creyó que le caía una buena fortuna, se sintió profundamente conmovido.

—Perdonad, señorita, dijo.

La jóven siguió su camino, pero Octavio volvió á alcanzarla y la preguntó donde iba.

—Donde voy! lo ignoro, puesto que no tengo ni casa ni familia; mas por qué me hablais si no seguimos el mismo camino?

El compañero de Octavio le alcanzó á su vez para decirle:

—Sabes que eres ya muy romántico? Los tran-

seúntes se divierten con el espectáculo que ofrecéis. Vámonos.

—Vete, si quieres; en cuanto á mí tengo un cuarto de hora de caridad, y me curo poco de si me ofrezco ó no en espectáculo.

—Sería peor si me marchase. Semejante duo en esta calle!

La jóven seguía andando.

—Señorita, continuó Octavio: sentiria muchísimo el importaros; pero no se dirá que os he visto llorar sin consolaros.

—Ya no lloro, caballero.

—Permitidme que sea vuestro hermano, aunque no sea mas que por cinco minutos.

—Mi hermano? exclamó la jóven mirando por primera vez á Octavio: no os parecéis á él en nada.

—Tambien le perdisteis?

—Sí, caballero: si hubiese vuelto de Méjico yo no me encontraria así, pues mi madre ha muerto de dolor. Pobre mujer! no tenia con que vestir el luto de su hijo, y en cuanto á mí, mi mayor pesar consiste en no poder llevar el luto de mi madre.

—Pues bien, permitid que os compre un vestido.

Y volviéndose hácia su amigo, Parisis dijo:

—Hé aquí lo que me haria perdonar el haber comprado tan ricos trages á los siete pecados capitales.

La jóven se habia alejado; pero Octavio volvió á alcanzarla y la dijo:

—Señorita, ahora soy muy formal, porque vuestro

dolor me ha impresionado. Os lo repito: permitidme que sea vuestro hermano durante cinco minutos. Si vos supieseis lo poco que me cuesta el dinero! No creais que os proponga el haceros una limosna, pues vos sois demasiado orgullosa y digna para aceptarla.

El pintor tomó entonces la palabra y dijo:

—Nó, señorita, mi amigo no os dará dinero; os lo prestará tan solo, conozco sus malos hábitos: es un prestamista sobre buena hipoteca.

La jóven no pudo menos que sonreír.

—Y bien, caballero, dijo enseñando un envoltorio que llevaba debajo el brazo: iba al Monte de piedad para empeñar dos cortinas que he salvado, pues todo lo de mi casa se ha vendido.

—No vayais tan léjos: yo os presto diez luises sobre vuestras cortinas. Si esto no es bastante...

—Dando aparte el agradecimiento, dijo Ramée. Yo seré testigo del contrato.

La jóven se habia puesto pensativa.

—Caballero, dijo con gravedad y levantando su frente: acepto vuestros doscientos francos; nó necesito mas para pagar las deudas de mi madre y conservar mi pequeño cuarto. Os pido un año y medio para devolvéroslos, pues si trabajo mucho, cada semana puedo ahorrar tres francos.

—En qué os ocupais, señorita?

—Soy costurera. Si mi madre no hubiese caido enferma nó me veria tan pobre, pues hay dias en que gano hasta cien sueldos, principalmente si trabajo

toda la noche, añadió ella con una sonrisa que pareció tanto mas dolorosa á Octavio cuanto habia observado en su juvenil rostro las huellas del trabajo y la miseria.

Octavio cogió del bolsillo de su chaleco un puñadito de oro.

—Convenido, señorita, dijo: el plazo es de año y medio; pero ni un día mas.

Cogió la mano de la jóven y dejó en ella su oro.

—Contemos; caballero: me dais mas de lo que necesito.

—No creais que sea generoso, dijo Ramée.

La jóven contó el dinero.

—Esto no es mio, dijo, devolviendo á Parisis cuatro monedas de veinte francos.

—Qué quereis! yo no sé contar: jamás he podido aprender la aritmética.

—Adios, señores, dijo la jóven inclinándose.

Y se dirigió hácia el punto de donde habia venido.

—Pero señorita, dijo Octavio, llamándola; donde os encontraré dentro un año y medio?

—Ah! es verdad, lo olvidaba: me encontrareis en la misma casa donde hoy vivo; allí en aquella puerta con rejas.

—Pero yo ignoro vuestro nombre.

—Luisa Marty.

En menos de algunos segundos la jóven desapareció en la sombría avenida de la casa de donde habia salido algunos minutos antes.

—Es algo tonta, dijo el duque de Parisis conmovido; pero es igual: son doscientos francos perfectamente colocados.

—No tan bien colocados como parece, dijo Ramée, pues ella los devolverá.

—Tanto peor, dijo Octavio. Así, segun tu opinion, es una muchacha honrada?

—Pura como un hermoso dia de estío. No tiene ni una nube en su horizonte, excepto tú, sin embargo. No lo leiste en sus ojos? son azules, dulces y profundos como la virtud. Al ver semejante criatura el corazón se ensancha.

—Principalmente nosotros que vemos tantas otras. Oh! Paris! tinieblas sobre tinieblas! Con doscientos francos quizá esta niña se salve; y sin embargo yo conozco mas de una que á esta hora se come cien mil para gastarlos en devaneos y en la compra de trages ó de diges que despreciará mañana.

—Pero al fin y al cabo, observó Ramée, que se habia puesto pensativo, la mujer es siempre la mujer. Quizá esta niña se olvidará de comprar un trage de luto.

—Sí, quien sabe si la encontraremos con un trage color de rosa cuando vayamos á sorprender á nuestro amigo Jorge al Parque de las Lilas?

Y hablando así los dos compañeros cruzaron el Luxemburgo y ganaron la calle de Sena, donde cogieron un coche. En el boulevard de los Italianos se despidieron.

—Mi querido Octavio, dijo Ramée, estrechando la mano de su amigo, si tú quieres entraré por mitad en tu buena accion: voy á darte cinco luises.

—Nó, nó, dijo Octavio con impaciencia, con semejante capital no vale la pena de asociarse.

Un sentimiento de celos se habia apoderado de su alma. Su imaginacion le llevaba, con cierta melancolia, hácia la escena que habia ocurrido en la calle de San Jacinto. Sentia que la jóven no se hubiese quedado con los cuatro luises que guardaba, pues indudablemente debia necesitarlos y con solos doscientos francos no se paga el cuarto, no se pagan las deudas, ni se paga un traje de luto.

Se prometió visitarla al siguiente día, lo cual no le impidió el ir á comer al café inglés en compañía de la Señorita Va-t-en-Guerre y de la señorita Cosaca, dos virtudes guerreras que habian saltado desde un carro del Hipódromo á una victoria de Longchamp.

Despues de comer se dirigió á los Bufos Parisienses, á un palco infernal, donde todo el mundo fingia divertirse en todo, siendo así que no se divertia en nada.

Terminada la funcion, jóvenes y mujeres se aparejaron con objeto de ir á cenar. Esto constituyó una de estas fiestas ruidosas de las que ciertas mujeres dicen al dia siguiente:

—Tu no estabas: cuanto reimos!
Reido! de que?

Aunque beban vinos generosos no por esto tienen menos chispa esas Aspasia: el vino las entona.

En mitad de la cena Octavio se levantó, cogió su sombrero y salió diciendo que volveria.

No volvió.

Por la vez primera entreveia la nada de aquella vida superficial. Se preguntó como habia podido perder los mas frescos de sus bellos años en aquel dorado torbellino donde se respiran los vapores de la embriaguez, donde el alma coge una máscara, donde el corazon no se encuentra nunca.

El duque de Parisis volvió á su casa con la satisfaccion del hombre que acaba de hacer una travesía borrascosa y que logra franquear el dintel de su casa. Todas las figuras de las mugeres que habian alhagado su primera juventud le seguian sonrientes ó burlonas; parecia que querian conservar su presa; pero su cabeza, mas floja que su corazon, estaba atormentada por el recuerdo de amorosas locuras. Y sin embargo, en el espacio de algunos dias, Octavio habia renegado tres veces del diablo, como San Pedro habia renegado tres veces de Jesús. Habia renegado tres veces con la aparicion de la Señorita de la Chastaigneraye en la avenida de la Muette, con el imperioso encanto que ejerció en él la Dama de Palos y con la sencilla y dulce virtud de aquella doncella estraviada en el pais latino.

Que hizo al siguiente día Octavio? Sin saber por qué, mandó enganchar sus caballos al coche y los

guió por sí mismo á la puerta del Luxemburgo. Cruzó el jardín á pié y pronto subió los cinco pisos que separaban de la calle la habitación de la costurera. Cuatro palabras del portero le informaron que la doncella vivía para todos los inquilinos, en olor de santidad.

—Trabaja mucho?

—Tanto que no tiene tiempo de abrir su ventana sino es para respirar, y cuando su jornal ha concluido. Y aun le sucede alguna vez que vuelve á empezar su jornal cuando su jornal concluye.

Parisis llamó á la puerta.

—Sois ya vos, caballero? dijo Luisa ruborizándose.

Y permaneció en el dintel de la puerta bien como si quisiese impedir á Octavio que pasase adelante.

—Si, soy yo señorita; me parece que ayer olvidamos decirnos alguna cosa.

—Olvidamos...

—Quereis concederme una entrevista de cinco minutos?

La jóven no se atrevió á rehusarla y presentó una silla al mancebo.

—Caballero, dijo, empiezo á daros las gracias, pues todo lo que está aquí es, gracias á vos, mio. Es extraño! desde ayer casi me siento contenta.

Y diciendo estas frases la jóven volvió á emprender su trabajo. Su costura consistía en un vestido de lana negro.

—No nos ha engañado, pensó Octavio: he aquí el traje de luto.

—Ahora, caballero, os servireis decirme porque habeis subido tan alto?

—Porque os amo.

La jóven palideció y se levantó.

—Caballero, dijo: si estoy en mi casa idos; si estoy en la vuestra me voy!

—Estais en vuestra casa y no me iré. Creí que vos me apreciariais bastante para no recordarme la deuda que entre nosotros existe. Cometo tan gran crimen al deciros con toda mi alma que os amo? No me ameis si gustais; pero no os ofendais si yo os amo.

El rayo habia caído en aquel cuarto: la doncella, fuera de sí, quiso devorar sus lágrimas; pero sus lágrimas la ahogaban. Octavio cogió su mano y la llevó á sus labios con efusion.

—Luisa, dijo, estas serán las únicas lágrimas que derramareis por mí. Ved en mí á un amigo y si mi amor os dá miedo, no os hablaré mas de él.

Que hé de decir? No quiero pintar esta singular pasion en todos sus matices. Lo cierto es que al dia siguiente la jóven siguió llorando; pero lloró porque Octavio no fué á visitarla. El amor vive de lo imprevisto: ella le aguardaba; si la hubiera visitado no le hubiese esperado al dia siguiente. No fué, y Luisa le aguardó por espacio de quince dias con las ansiedades é impaciencias de la doncella y hasta—porque no hé de decirlo?—con la fiebre del amor.

Y como no debía amarle? Octavio volvió.

—No os aguardaba le dijo Luisa, sin que ocultara su alegría.

—Me habeis aguardado?

—Bien lo sabeis.

Aquel día fué de fiesta. El jóven habia traido un ramo de lilas que ella estrechó á su pecho y besó repetidas veces.

—Oh! cuan feliz soy! dijo con tristeza; hacia dos años que no habia tocado una flor.

—Pobre niña! exclamó Octavio; todos los días os traeré un ramillete.

—Todos los días? Hasta cuando?

—Hasta siempre.

—Siempre! siempre! murmuró la doncella con amargura. Verdad es, añadió, que siempre es mañana y quizá pasado mañana.

Y volvió á besar el ramo de lilas y contó á Octavio que algun día iba con su madre y su hermano al bosque de Meudon para cojer flores silvestres.

—Si os pudiéseis formar cargo de mi alegría, dijo, cuando veia los trigos en la barrera del Infierno, donde yo cogia amapolas!

Octavio trajo todas las mañanas su ramillete de lilas ó de violetas. Cierta día se aventuró á traerla un vestido de seda.

—No me amais, le dijo Luisa enfadada; este traje es una injuria.

Octavio comprendió que se habia engañado.

—No me querais mal por esto, Luisa, dijo el mancebo; no hablemos ya de esta traje pero tomad el ramillete que vá en él.

El diablo cogió el vestido.

Por espacio de diez días el duque de Parisís no dejó de asistir á la cita. Todas las mañanas, despues del almuerzo, subia en el coche, bajaba en la reja del Luxemburgo y corria á encerrarse una hora con Luisa. Y esta hora pasaba muy pronto. El jóven se decia que era demasiado orgullosa y demasiado pura para que llegara á ser su querida. Quizá se preguntó porque volvía á su casa todos los días. El mismo lo ignoraba. Esperimentaba una alegría indescribible al hallarse emparedado en el cuarto de Luisa. La virtud tiene su atmósfera que serena el alma, bien como el horizonte de la mañana en los días hermosos en que el viento unicamente sacude el olór sano y fortificante de los trigos en flor y de las encinas verdes. Hacia demasiado tiempo que el duque no habia respirado este aire vivificante para que no le penetrase hasta el fondo de su alma.

Ya de un modo, ya de otro, el jóven habia intentado aumentar su crédito; pero Luisa no habia querido nunca aumentar su deuda.

—Me privareis de ser feliz, si yo no llevo á ser digna de mi, le decia.

Con no poco esfuerzo habia aceptado una jardinera, un libro de horas, un dedal de oro y un reloj de cincuenta francos. La jóven no aceptó el reloj sino

despues que el mancebo la hubo convencido que solo servia para saber la hora.

—Saber la hora! para qué? dijo Luisa; no sabré yo siempre la hora en que no volvereis?

—Quereis, pues cerrarme vuestra puerta?

—Nunca.

La pobre Luisa no conocia este refran antiguo: «si no cierras la puerta al amor, el amor te echará fuera de tu casa.»

Cierta mañana no se vió correr á Luisa, con ligero paso á casa de la frutera que la vendia leche, huevos y manzanas.

Cuando se supo que en la noche anterior habia desaparecido en brazos de un amante que arrastraba coche, todos los vecinos sintieron un disgusto.

—Que desgracia! exclamó la portera. Era como una golondrina; traia dicha á la casa.

—Y bien, dijo la frutera: esta dicha se la traerá á sí misma.

Octavio no era preocupado: amaba á la muger cualquiera que fuese su país y su origen. Lo habia probado trayendo una china.

Amaba á las señoras del Barrio de San German; pero tambien amaba Breda street. Amaba los Campos Elíseos; pero amaba tambien el país latino. Delante de todas las fronteras repetia la frase de Luis XIV: «No hay Pirineos.»

Al siguiente dia, no lejos del palacio de Octavio, en una casita situada en la avenida de Eylan, bajo

los grandes árboles de un jardinito, una jóven ocultaba allí su existencia. Esta era la soledad que Octavio habia buscado para Luisa. Quería alquilarle el primer piso; mas ella temió que esto seria demasiado lujo y pidió la buhardilla; esta le recordaria su madre y trabajaria mejor, pues la jóven se proponia trabajar siempre. Era demasiado aficionada á su costura y á las flores para cruzarse de brazos. Octavio la dijo que la daria para vivir; pero Luisa lo rehusó.

El jóven no quiso muebles de caoba, de este pobre árbol tan desacreditado; se los dió de naranjo. Era un mueblaje de quinta, sencillo, pero no vulgar. No olvidó nada: Luisa tuvo pájaros en una jaulita dorada y yerba doncella en sus tiestos.

—Esto no os impedirá, le dijo Luisa, traerme todas las mañanas un ramo de violetas.

—Nó, Violeta mia.

—Pues bien, dijo ella con alegría: Violeta será mi nombre, toda vez que deseo vivir siempre oculta.

Y á partir de aquel dia el jóven la llamó Violeta.

La pobre Violeta se imaginaba que Octavio no la abandonaria hasta la muerte.

—No es verdad, dijo ella, que nos amaremos constantemente?

Octavio se estremeció; recordó la leyenda de los Parisis.—Si yo la amara! Si ella me amase! dijo con tristeza. Y continuó:

—Será necesario echar agua sobre el fuego.